

- ENRIQUE. Y cuando hace tanto tiempo que vivimos separados, debo ir con vos.
- MARGARITA. Soy tu esposa, y no debo separarme de tí.
- ENRIQUE. En mí es obligacion hasta cierto punto.
- MARGARITA. Y en mí, deber.
- CONDE. *(Rechazándolos con suavidad)* Basta!
- MARGARITA. Hernando....
- CONDE. ¡Basta! Marcharé en compañía de Ordoño. Adios.... Hasta despues, Enrique..... Margarita, hasta la vista! Qué tormento, Ordoño, que tormento! *[Al llegar á la reja, se vuelve á los dos con supremo dolor y dice]:* ¡Adios!

ESCENA IX.

ENRIQUE y MARGARITA se quedan un instante como ensimismados.

- ENRIQUE. *(Dirigiéndose á Margarita, y acercándose á ella.)* ¡Margarita!
- MARGARITA. *(Señalando al pabellon de la derecha.)* Idos, ni una sola palabra. ¡Idos!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

Salon de bóveda con puertas laterales, una á la derecha y dos á la izquierda, en primero y segundo término.—En el fondo, en medio, un balcon desde el cual se ven las copas de los árboles de un huerto.—Balcon á la derecha, junto á la puerta de entrada.—Un altar.—Una lámpara colgada del centro de la bóveda ilumina la escena.—Comienza á oscurecer.

ESCENA PRIMERA.

ORDOÑO; NUÑO.

- NUÑO. ¡Horrible desgracia!
- ORDOÑO. Irreparable, Nuño..... ¿Quién pudo ní soñar en ella?.. Bien que el señor Conde andaba ya achacoso, y segun el pronóstico del físico Pero López, que es un sabio, hace tiempo que nuestro señor debió pasar á mejor vida.
- NUÑO. Dios le tenga en su gloria.
- ORDOÑO. Así sea. El, hasta cierto punto, moti-

vó con sus excesos el mal estado de su salud.... No excesos reprochables, nada de eso; pero era extremo en el cumplimiento de sus deberes de soldado.. ¡Terrible batallador fué Don Hernando! Si tú le hubieras conocido mozo.... Luchó como el que más, siempre al lado del Conquistador. El hambre y la fatiga jamás le doblegaron, y era el primero en el combate, y el último en el reposo. Aquellas prolongadas vigiliass fatigaron su cuerpo, cubierto ya de honrosas cicatrices, y la vejez anticipada rugó su frente.. Ea, Nuño, paciencia, resignacion, y á otra cosa. Don Enrique y la señora Condesa, si han recibido mi aviso del medio día, deben estar llegando. De México á Churubusco no es larga la distancia, y además, vendrán de prisa.... Vete á su encuentro Nuño, y prepara el ánimo de la señora Condesa: espero aquí.

Nuño. Bien, señor Ordoño: os obedezco; empero, penosa y molesta asáz es la mi siva.

ORDÑO. Cumple con tu deber.

NUÑO. Que Dios os guarde.

ORDÑO. El contigo vaya, Nuño.

ESCENA II.

ORDÑO. [Se oyen sonar salmodias de difuntos á lo lejos.]

ORDÑO. ¡Ah ¡Ya todo terminó!... El fúnebre clamor comienza á oirse. Y pensar que desde España he venido sólo para ser testigo de tanto duelo. ¡Cuánto no sufriría en unas breves horas, aquel noble corazon!

ESCENA III.

ORDÑO, ENRIQUE que entra precipitadamente.

ENRIQUE. Ordoño.

ORDÑO. Señor. Y la Condesa?

ENRIQUE. Tras mí viene.... Héme anticipado unos instantes.... ¿Qué sucede?... ¿Qué ha sucedido?

ORDÑO. Oid.....

ENRIQUE. Ese canto.....

ORDÑO. Es por él.....

ENRIQUE. ¿Por él?... ¡Dios poderoso! ¡Fatalidad!... ¡Fatalidad! Cuenta, cuéntamelo todo.. Quiero imponerme de lo que ha sucedido.

ORDÑO. Señor, hace dos días, como sabeis, vinimos aquí..... En todo el camino no desplegó los lábios el señor Conde..... Toda la noche ardió el velon en su aposento, y oía yo, al traves de la puerta, el son acompasado de su andar. Ayer por la mañana

me llamó..... Densamente pálido ví su semblante, triste su mirada: «Quiero ver al Guardian, Ordoño: búscame», dijo. Obedecí, y á poco encerráronse los dos. Tomó escaso alimento.... Tornó el Guardian á conferenciar con él cuando la tarde caía, y al oscurecer, voces de duelo nos consternaron á todos. Negóse el señor al terrenal auxilio, y espiró en los brazos del santo religioso, único sér humano que permitió á la cabecera de su lecho: amortajólo él mismo con el hábito de la órden, y nada más. Yo no he podido volver allí, no he podido: me ha faltado el valor para mirarlo.

ENRIQUE. Basta, Ordoño.... ¡Pobre padre mío! No parece sino que el destino se goza en jugar con mi alma.... por todos lados herida.... por todos lados desgarrada.

ESCENA IV.

Dichos. MARGARITA. NUÑO.

MARGARITA. ¡Ah! Bendito sea Dios que os veo, Ordoño.... ¿Qué pasa aquí? ¿Es cierto..... Es cierto lo que me dice Nuño.....? ¡Ah! era la verdad: lo leo en vuestro semblante!

ENRIQUE. Animo, Margarita, ánimo.

MARGARITA. ¿En dónde, en dónde está?

ORDOÑO. En la capilla, señora: oíd los oficios.

MARGARITA. *[A Ordoño.]* ¿Y vos no avisásteis?

ORDOÑO. No hubo tiempo para nada, señora Condesa; no era posible.

MARGARITA. *[A Enrique.]* Conducidme.

ORDOÑO. *[A Enrique.]* Allí, señor, por allí, al fin de esa galería; guía, Nuño.

ENRIQUE. Venid, Margarita.

MARGARITA. Vamos.

ESCENA V.

ORDOÑO; despues el CONDE por la puerta izquierda del primer término, que habrá estado cerrada.

ORDOÑO. Allí van. Hé aquí lo que es el mundo. Ayer, esos dos séres que se aman, sentían latir sus corazones, separados el uno del otro por una barrera insuperable: hoy, un soplo la hace pedazos. Cumplidas las aspiraciones de su alma, verán al cabo que las puertas de su esperanza se abren de par en par sobre la fría loza de un sepulcro. ¡Ah! Ya esto es la locura.... ¿Qué veo? *[Viendo aparecer al Conde.]*

CONDE. Calla.... Calla Ordoño.... ¡Silencio!

ORDOÑO. ¡Fascinación!

CONDE. Fascinación no, ¡realidad!

ORDOÑO. ¡Dios poderoso!

CONDE. ¿Donde están? ¿Han venido? Quiero verlos, quiero verlos la última vez.

ORDOÑO. Allí, señor, en la capilla.

CONDE. ¡En la capilla! ¡Junto á ese ataúd que guardará de hoy más el secreto de mi vida!... Nadie lo sabe, nadie... Sólo tú y el Guardian de los franciscanos lo sabeis... ¡He muerto para el mundo!

ORDOÑO. Pero eso no es posible, señor Conde; semejante sacrificio....

CONDE. Tú no sabes lo que este sacrificio me cuesta; tú no lo sabes, ni podrás imaginarte lo que he sufrido!

ORDOÑO. ¿Qué causa puede obligaros á tan espantoso tormento?... Encadenaros para siempre en cárcel sombría....

CONDE. Para siempre. ¿Y cuánto puedo vivir yo, Ordoño? ¿No me ves? ¿No me estás mirando?

ORDOÑO. Con todo, la libertad de un día....

CONDE. Y ¿de qué puede á mí servirme la libertad? Oye.... escúchame atento; juzga bien si lo que hago está bien hecho. Era la última noche del mes de Julio de mil quinientos veinte. Plomizo y enlutado el cielo, ennegrecía con fúnebre sombra la tersa superficie de las lagunas de Anáhuac. Ni una pálida estrella lucía en el firmamento. La capital del Imperio Azteca pa-

recía dormir. Los cuarteles castellanos eran abandonados sordamente, y como se arrastra la serpiente cautelosa en el silencio de la noche, así se deslizaba en columnas por las solitarias calles, el ejército de Cortés. De repente, la luz de cien antorchas iluminó el espacio, y el pavoroso grito del exterminio y la matanza, retronó fatídico en los aires! De la masa informe de la tiniebla densa, y de los antros de la tierra, parecía que brotaban, como evocados fantasmas, millares de guerreros. Cuitlahuatzin reía.... y la sangre azteca y la sangre castellana, corriendo en ancho surco, tiñeron las aguas. Gritos, plegarias, lamentos, alaridos, poblaban el espacio, y el gran tambor del Teocali dejaba oír su voz atronadora. Yo estaba allí, Ordoño..... La rabia de la desesperacion alentaba mi pecho. De pronto, me ví solo, solo!... Y en torno mío cien macanas amenazaban mi frente. Cada vez que mi brazo se extendía, armado del mellado acero, mi sangre hallaba una nueva salida.... Mis fuerzas se agotaban.... Y el velo de la muerte anublaba mis ojos.. "Animo" gritaron de repente cerca de mí, y distinguí un guerrero. Blan-

dió su espada en derredor, y como cegados por la hoz del campesino, cayeron mis contrarios. Entónces la esperanza de la vida renació en mi alma, y abrí los brazos para estrechar á mi generoso salvador. Opreso estaba en ellos, cuando ¡oh Dios mío! una enemiga flecha, hiriéndole por la espalda, atravesó su corazón. . . . Cayó y allí . . . espirante . . . con voz inteligible apénas . . . me dijo: "Tengo un hijo, Hernando: sé su protector: sé su amparo: hazlo feliz" y envuelta entre el gemido ahogado de aquella postrer palabra, se acabó su vida. Aquel hombre, Ordoño, era el capitán Juan Velázquez de León.

ORDOÑO. Sí, comprendo.

CONDE. Era el padre de Enrique. Desde entónces aquel niño fué mi hijo; todo el amor del desventurado padre se reconcentró en mi seno, y el huérfano vivió á mi lado. Y ¿quieres, Ordoño, que hoy, hoy que el amor hace palpitar su corazón, hoy que el amor de Margarita es su vida, su esperanza, la asesine en su pecho para siempre? No . . . No . . . «Hazlo feliz,» dijo el guerrero que por salvarme moría . . . Y ¿he de hacerlo desdichado? Nunca.

ORDOÑO. Con todo, señor Conde; ese mancebo podrá olvidarla un día.

CONDE. Jamás

ORDOÑO. El amor y el respeto que os profesa . . .

CONDE. Harán su suerte más desdichada.

ORDOÑO. Es vuestro hijo

CONDE. Será ese su tormento mayor.

ORDOÑO. Alguna vez la resignación dulcificará sus penas, y el olvido vendrá en su ayuda.

CONDE. ¿El olvido? ¡Nunca! No lo creas. La llama abrasadora crecerá ante el fantasma de lo imposible.

ORDOÑO. La razón tendrá que sobreponerse.

CONDE. La razón no existe cuando se ama . . . Tú no conoces el corazón de Enrique . . . Sólo los padres conocen á sus hijos. Margarita será para él el deseo incesante . . . El incesante torcedor . . . Y . . . Oyeme: un día, el odio germinará en su corazón, como en las rocas endurecidas la planta venenosa: en noches eternas de vigilia y desesperación tenderá las alas sobre su frente el genio del mal, y entónces, entónces, Ordoño, sentirá su pecho destrozado por la angustiosa sed de la venganza . . . Y ¡horror! Enrique derramará mi sangre, ó yo . . . ó yo, loco por los celos, ofuscada la razón por la enormidad de la culpa,

- ¡mancharé mi diestra con su sangre!
¿Callas? Tu labio ha enmudecido. ¿Al fin comprendiste que tengo razón? Ya lo ves, tengo razón.
- ORDOÑO. Es horrible convencerse.
- CONDE. Término breve hubiera podido dar á mis dolores.....
- ORDOÑO. ¿Qué decís, señor?.....
- CONDE. Sí; he visto, al rugir en mi alma desesperada la tormenta de los celos, el halagador fantasma del suicidio.... Yo le he visto llamarme.... Sonreírme.... Y me ha parecido que la angustia, aposentada en mi pecho, se alejaba de mí.... Huía.—¡Oh! Qué horrenda ansiedad destroza mi alma! Arde mi cabeza.... ¿Qué es esto? mira.... Míralo.... Allí está.
- ORDOÑO. ¿Quién?
- CONDE. Sobre su cuello cárdeno, sangriento, reposa dulcemente su cabeza..... ¡Cuál vaga por sus labios descoloridos plácida sonrisa!.... La felicidad eterna, infinita, cierra con blanda mano sus párpados. La envidia no devora sus entrañas, y su corazón no late.... Eso es el descanso, el perennal descanso.... Eso es no sufrir, no odiar, no amar, no gemir.... Es el sueño de la ventura sin fin, en cambio de un dolor breve. ¿De qué me sirve el ace-

- ro? (Como respondiendo al fantasma que le pregunta.) ¡Oh! Dices bien: ¿de qué me sirve? (Desenvainando la daga y dirigiéndola contra el corazón.) (Arrojándose hácia el Conde.) ¡Ah! (Volviendo en sí y arrojando al suelo el puñal.) ¡Ah!
- ORDOÑO. ¿Qué hacéis?
- CONDE. ¡Horror! ¿Yo criminal? Recoge, Ordoño, el arma matadora. Otras veces no ha sido tu voz, ha sido la voz del cielo, que la ha arrebatado de mi mano, la que oí: el grito de la conciencia dominando al dolor, á la desesperación.... Y entonces, mi labio trémulo y avergonzado ha pedido perdón al cielo como ahora.
- ORDOÑO. Tormento tal, señor Conde.....
- CONDE. Mata también, también mata. Es preciso esperar... Venga la muerte airada por su presa.... la muerte, grata á mi Dios, y respetada por los hombres. ¿Qué rumor es ese? Suben....
- ORDOÑO. (Mirando por la escalera.) Suben la escalera. Ella.... Es ella.
- CONDE. Huyamos, que no me vea, Ordoño... ¡Que no me vea! Huyamos. (Vánse precipitadamente.)

ESCENA VI.

ENRIQUE, MARGARITA.

- MARGARITA. Ni una palabra más, Enrique.
- ENRIQUE. Locura inexplicable, sepultaros para siempre en un convento. . . . ¿No sabéis lo que es eso?
- MARGARITA. Estoy resuelta.
- ENRIQUE. No podrá ser.
- MARGARITA. Ya lo vereis.
- ENRIQUE. Margarita, yo iré á arrancaros de allí.
- MARGARITA. El corazon me dice que el Conde descubrió nuestros amores, que desesperado huyó á este sitio, y que maldiciendo su destino, no pudo sobrevivir á su amargura.
- ENRIQUE. Suposición.
- MARGARITA. ¿Y si fuese cierto? Volvemos á mirar siquiera sería insultar su memoria. ¿Amarnos? Amarnos no. . . . Su espectro mudo y sombrío aparecerá siempre entre nosotros como una barrera.
- ENRIQUE. ¡Margarita!
- MARGARITA. Nunca, más vale así: dejadme sola. . . . Sola con mis recuerdos. . . . Yo os bendiciré en mi soledad. . . . Jóven sois, sois rico: embriagaos en otro amor, y dejadme en paz.
- ENRIQUE. Y vos podeis. . . . ¡Por compasion!
- MARGARITA. Por compasion, dejadme. ¡Nuño! (*Haciendo ademán de retirarse.*)

ESCENA VII.

Dichos, NUÑO (por el fondo,) ORDOÑO y el CONDE (que sale con hábito franciscano y calada la capucha, por la puerta izquierda del primer término.)

- ORDOÑO. (*Deteniendo á Margarita.*) Esperad, señora Condesa, este santo religioso que acompañó al señor Conde en sus últimos momentos, tiene un pliego para vos. El debe entregároslo. (*El Conde alarga el brazo á Margarita, y le da un pliego cerrado.*)
- MARGARITA. (*Tomando el pliego.*) Gracias, padre mío.
- CONDE. ¡Ay, Ordoño! Desfallezco. Esa voz. . .
- MARGARITA. (*Después de pasar los ojos por el papel.*) ¡Qué veo! Oíd, Enrique: acercaos: (*Lee.*) «Yo no sé qué me mata, Margarita; pero siento que el dolor de no verte más, me arrancará la vida, ántes que la helada mano de la muerte ahogue mi corazon. Tuyas mis joyas son y tuyos mis tesoros. Aquel mi otro amor de la tierra, mi Enrique, te amará como yo te amé. No más que yo. Haga él mis veces. Un día Ordoño llamará á la puerta de la morada de Enrique y le dirá: «Buscad á Margarita y enlazaos con ella.»
- CONDE. Pronto, Ordoño, será. . . . Me siento morir.

MARGARITA. (*Leyendo.*) «Yo lo quiero, yo lo exijo de tí.—Adios para siempre.»

ENRIQUE. ¡Oh noble corazón!

MARGARITA. ¡Dios mío! Bendecidme, padre, bendecidme. (*Se postra á los piés del Conde.*)

CONDE. (*Extendiendo el brazo sobre la cabeza de Margarita, y apoyándose en Ordoño.*) Sosténme, Ordoño, sosténme.

ENRIQUE. ¡Margarita!

MARGARITA. (*Levantándose y despidiéndose de Enrique.*) Véte, Enrique; en hondo duelo, léjos el uno del otro, consagre nuestro pecho á su memoria santa el tributo de sus lágrimas: acaso un día nos uniremos para siempre! Dame tu brazo, Nuño. Vamos. (*Enrique la contempla, y cuando ha desaparecido, con un movimiento de desesperacion se arroja á la escalera del fondo y desaparece tambien. Margarita sale por la puerta lateral derecha.*)

ESCENA VIII.

EL CONDE, ORDOÑO.

CONDE. (*Avanzando casi delirante hácia la puerta por donde Margarita ha desaparecido.*) Se va . . Para siempre . . .
¡Para siempre! pronto sin tí, moriré . .
Margarita! Enrique! que mi dolor sea vuestra ventura. Que mi sacrificio, os

haga dichosos. (*Vacilando y próximo á caer desfallecido por la emocion.*)

ORDOÑO. (*Dirigiéndose en su auxilio.*) Señor Conde

CONDE. (*Apoyándose en Ordoño y dirigiéndose al altar frente al cual caen de rodillas al pronunciar el Conde las últimas palabras del drama.*) Calla, Ordoño. El Conde ha muerto. Ven . . Roguemos á Dios por él.

FIN DEL DRAMA.



